



La cuestión literaria

Domingo Faustino Sarmiento

El escritor no es el hombre de una nación; el filósofo pertenece a todos los países, a sus ojos no hay límites, no hay términos divisorios; la humanidad es y debe ser para él una gran familia.

Lord Agirof.

Una cuestión, cuando es una simple cuestión, es considerada la mayor parte del tiempo como una cuestión y nada más. Pero hay cuestiones de cuestiones; hay cuestiones que hacen furor. Las hay espesas y de suyo enmarañadas, al trasluz de las cuales nada se ve; puede escribirse encima de ellas non plus ultra, nada hay más allá. Entre éstas pudiera muy bien clasificarse la cuestión literaria. No sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre; aquí las más son cuestiones de persona. En vez de buscar libros que confirmen una opinión, la primera diligencia que se hace es saber quién es el autor del artículo contrario; y las más de las cuestiones que he visto se han decidido por este estilo; mas yo encuentro en esto el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darse honor unos a otros, se dan mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares y nos hacemos el hazmerreír del público. Muchos tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos a todo lo bueno, y el que pueda que los venza. He aquí las causas de la oposición que, así en política como en literatura, hallamos en nuestro pueblo a las innovaciones; queremos el fin sin el medio, y ésta es la razón de su poca solidez.

Han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educación, que no podían menos de indignar a los hombres sensatos de fines del siglo pasado y aun de principios de éste. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas, hijas de una religión mal entendida y del espíritu represor que ahogó, en España como aquí, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habían llegado a establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, así como la marcha del gobierno, era una pauta de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados a no discutir, a no sentir, nuestros abuelos no permitían discurrir ni sentir a sus hijos. Hace años que secuaces mezquinos de la antigua rutina mirábamos con horror toda innovación; encarrilados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza de restituir al genio su indispensable libertad; dióse empero en política el gran paso de atender al pacto antiguo, y la literatura no tardó en aceptar el nuevo impulso. Nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente a la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta a las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho menos idólatras, nos decidimos a amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaría de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que más en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello. Se ha dicho que la literatura es la expresión del progreso de un pueblo. Ahora bien, marchar en ideología, en metafísica y en política, aumentar ideas nuevas a las viejas y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, es haber perdido la cabeza.

Las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado, a fuer de escribir castizo, es intentar imposibles; imposible es hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta sólo servirá para que el pesado y monótono estilo anticuado no deje arrebatarse de un arranque solo de calor y patriotismo. El que una voz no sea castellana es para nosotros objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza, de usar tal o cual combinación de sílabas para entenderse; desde el momento que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena. En esta parte diremos de buena fe lo que ponía Iriarte irónicamente en boca de uno que estropeaba la lengua de Garcilaso: que si él habla la lengua castellana, yo hablo la lengua que me da la gana. Ni reconocemos magisterio literario en ningún país, menos en ningún hombre, menos en ninguna época. Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, que concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; literatura nueva, expresión de la sociedad nueva que constituimos; toda de verdad, como es de verdad nuestra sociedad; sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza misma; joven, en fin, como el estado que constituimos. Libertad en literatura como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra. El entusiasmo es la gran regla del escritor, el único maestro de lo bello y de lo sublime. No es la palabra sublime, séalo el pensamiento, parta derecho al corazón, apodérese de él, y la palabra lo será también.

He aquí verdades que no comprendieron los escritores españoles del siglo pasado; quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas y vestirlas con la lengua propia; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron salvar del antiguo naufragio

la expresión, esto es, representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales, pero esta lengua, desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años y con el progreso que había de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, había venido a ser pobre para las necesidades nuevas. Se ha inculcado a Cienfuegos de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho si Cienfuegos era el primer poeta filósofo que tenían los españoles, el primero que había tenido que luchar con su instrumento y que le había roto mil veces en un momento de cólera o impotencia? Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habría de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones a quienes nos vemos forzados a imitar, y que mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Los escritores modernos franceses han roto las antiguas cadenas de la sintaxis francesa. Notre Dame de Paris ha hecho verdaderamente una revolución en la lengua francesa. Pero al fin, aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de querer adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir a las que sabían más que ellas.

(Mercurio del 25 de junio de 1842)

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario